

Rev. M. Golverdingen
Lectura: Números 24¹

Salterios:

Primer: 94:1,3,4,5

Segundo: 238:1-3

Tercer: 200:1-3

Cuarto: 303:1-3

Último: 263:3

Introducción.

Congregación,

Israel, una nación de millones de personas, ha instalado su campamento en los campos de Moab, junto al río Jordán. A lo lejos, frente a ellos, está Jericó, la ciudad clave y puerta de entrada a toda la tierra de Canaán. Los israelitas, acampados en estos campos de Moab, muy probablemente no se dieron cuenta de que algún día, detrás de ellos, a la izquierda, en las montañas de Abarim, siete altares estaban humeando. Estos fueron encendidos por Balac, el rey de los moabitas, con la aparente intención de apaciguar a los dioses. Con él está Balaam, el profeta y adivino de Mesopotamia, la tierra entre los ríos. La intención de Balac es clara: Balaam debe maldecir a ese pueblo allá abajo, en el valle del Jordán. Este rey pagano ha entendido una cosa clave: ninguna cantidad de fuerza militar puede prevalecer contra Israel. Este es el pueblo que Dios mismo ha sacado de Egipto, la gente llevada por el Mar Rojo por el Señor. Han derrotado a los poderosos reyes Sehón y Og de los amorreos. Por esta razón, Balac ha convocado a Balaam desde una distancia de aproximadamente seiscientos kilómetros. Balaam, el adivino de Mesopotamia, debe romper la fuerza de Israel pronunciando una maldición, una fórmula mágica de destrucción.

Incluso hoy en día, congregación, existen sociedades paganas donde estas prácticas aún se llevan a cabo. Escriben maldiciones en pequeños trozos de papel y luego los esparcen al viento, creyendo que quienes están destinados a recibirlas sufrirán daño. Pero aquí, también, el arma oculta de la hechicería es impotente. Para consternación de Balac, Balaam no ha hecho más que bendecir a Israel. Ya lo ha hecho tres veces. Furioso, Balac quiere despedir al hombre, quien normalmente está ansioso por obtener ganancias financieras. Lo escuchamos en el versículo once, donde, en su ira, dice: *“Huye, pues, ahora a tu lugar; yo dije que te honraría, mas he aquí, Jehová te ha privado de honra”*.

¹ Todas las citas bíblicas en este sermón son tomadas de la revisión de la Sociedad Bíblica Trinitaria *Reina-Valera SBT*.

Y, entonces, por cuarta vez, Balaam se convierte en un instrumento de Dios, de manera involuntaria. Una vez más, él entra en un trance profético. Está registrado en el versículo dieciséis: *“dice el que oyó los dichos de Jehová, y el que sabe la ciencia del Altísimo, el que vio la visión del Omnipotente; caído, mas descubiertos los ojos”*. Una vez más Balaam mira al vasto campamento de Israel abajo, extendido en los campos del Jordán. A través de una visión, Dios le muestra algo del futuro. Profetiza lo que Israel hará a Moab. En su estado de éxtasis, Balaam ve lejos en el futuro. A través de una gran distancia en el tiempo, contempla una Figura que surge de Jacob, ese pueblo maravilloso allá abajo. Una Figura radiante aparece. En este momento visionario, Balaam exclama en el versículo 17a: *“Lo veré, mas no ahora; lo miraré, mas no de cerca”*.

Con la ayuda de Dios, pausaremos un momento para reflexionar sobre este texto, que se encuentra en Números 24:17b:

Texto: Números 24:17b

“Saldrá estrella de Jacob, y se levantará cetro de Israel, y atravesará los rincones de Moab, y destruirá a todos los hijos de Set.”

Tema: La Gloria del Cristo Venidero

1. Su luz: *“Saldrá estrella de Jacob”*.
2. Su dominio: *“Y se levantará cetro de Israel”*.
3. Su victoria: *“Y atravesará los rincones de Moab, y destruirá a todos los hijos de Set”*.

Primer pensamiento. Su luz.

En el antiguo Oriente, era común comparar a los reyes con estrellas. Esta imagen también se encuentra en la historia de los magos del Oriente, quienes vieron la estrella del Rey de los judíos que había nacido. Esta comparación es fácil de comprender porque, en la creación, al cuarto día, el Señor creó no solo la luna, sino también las estrellas para señorear en la noche.² Las estrellas gobiernan a través de su luz. Sirven como puntos de orientación en la oscuridad. Así también los reyes señorean—ellos resplandecen esplendor, majestad y brillo. Por lo tanto, es una metáfora natural comparar a un rey con una estrella, reflejando su magnificencia exterior y la bendición de su luz. Las naciones sobre las cuales reina pueden regocijarse en esto.

Así, Balaam ve surgir un rey del pueblo de Israel, de Jacob, de las doce tribus. Esta profecía de Balaam tuvo su primer cumplimiento en el reinado de David. De hecho, él es el poderoso rey de Jacob que completamente sujetó a Moab. En 2 Samuel 8, leemos: *“y fueron los moabitas siervos de David sujetos a tributo”*. Pero David mismo es un tipo del Mesías, del Prometido a los patriarcas. Esta profecía, por lo tanto, tiene un segundo cumplimiento—uno mucho más glorioso

² Génesis 1:16. Nota del traductor: El texto original lee “al primer día”, pero la historia de Génesis lo pone al cuarto día.

que el primero. Aquí hay alguien más glorioso que David. Esta profecía encuentra su último cumplimiento en el nacimiento del Señor Jesucristo, Emanuel, en Belén. El Señor Jesús mismo testifica que Él ha tomado sobre sí nuestra carne y sangre del linaje de David. Escuchen cómo Él se llama a sí mismo en Apocalipsis 22: *“Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente y de la mañana”* (Apocalipsis 22:16).

La mayoría de nosotros probablemente hemos visto la estrella de la mañana, el planeta Venus. Si nos levantamos temprano, podemos ver la estrella de la mañana brillando claramente en el cielo antes del amanecer. Hay otras estrellas, pero estas palidecen en comparación. Así, en la encarnación del Verbo, en el nacimiento de Cristo, la Estrella de Jacob, la Estrella de la mañana, la Luz del mundo, ha surgido en la noche del pecado y de la muerte, que, desde la caída en Adán, ha cubierto toda la humanidad. Todos estamos incluidos en esta caída en Adán. Todos hemos osado decir con Adán, en orgullo y en delirio de independencia: *“Nuestros labios están con nosotros; ¿quién es señor sobre nosotros?”* (Salmo 12:4). Deseamos ser como Dios, conociendo el bien y el mal.

Congregación, estamos tan ciegos, tan ciegos a Dios y a los asuntos divinos, que no podemos evitar vernos a nosotros mismos como estrellas. Toda la cultura de hoy está llena de esta idea. Hay estrellas de cine, estrellas de música, estrellas en el ámbito económico y político. Hay estrellas en la educación secundaria: estrellas en matemáticas, francés o inglés. A nosotros, como seres humanos, nos encanta ver nuestra propia estrella brillar de forma independiente y autosuficiente en el cielo de esta sociedad. Deseamos ver nuestra propia estrella ascender más alto y brillar más intensamente. Por naturaleza, estamos llenos de admiración por nuestra propia estrella. No vemos que esta búsqueda de nosotros mismos, este énfasis en nuestro propio “yo”, es lo que revela nuestra completa oscuridad espiritual y depravación, en la que deliberadamente nos hemos sumergido.

“Saldrá estrella de Jacob”. Estas palabras predicán la inefable e incomprensible misericordia de Dios hacia personas rebeldes que viven en la oscuridad de la muerte espiritual con una mentalidad hostil. La verdadera luz espiritual resplandece como la luz de la estrella desde lo alto en los corazones de las personas, disipando las tinieblas. Esto ocurre a través del ministerio de Cristo como Profeta. Cuando el primer rayo de luz de la estrella de Jacob cae en la vida de un pecador, su oposición hacia Dios se desvanece. Descubrimos por primera vez los contornos de las ruinas de nuestra existencia caída.

En ese descubrimiento salvador, aprendemos por la enseñanza del Espíritu Santo que nuestra existencia entera delante del Señor Dios no es más que una gran ruina. Al inicio, intentamos encontrar algunas piezas de piedra en los escombros con las cuales podamos construir y comenzar algo. Sin embargo, a través del ministerio revelador del Espíritu, pronto llegamos a la conclusión de que no hay nada bueno que se pueda encontrar en nosotros. Entonces usted ve

la realidad. Un dolor sin igual llena su vida: la tristeza de haber pecado contra un Dios bondadoso, santo y justo.

Entendemos a Efraín cuando dice: *“herí el muslo; me avergoncé y también fui humillado, porque llevé la afrenta de mi juventud”* (Jeremías 31:19). En esta tristeza sincera hacia Dios, venimos como personas indignas ante los pies del Señor. Entonces concordamos con David: *“Justo eres tú, oh Jehová, y rectos tus juicios”* (Salmo 119:137).

¿Es así en su vida? ¿No le queda nada sobre lo cual pueda construir y confiar? ¿Ha tachado todo? ¿Ha puesto un cero en todo? Entonces escuche la Palabra del Señor: *“Saldrá estrella de Jacob”*. ¿No ve ningún camino por el cual pueda avanzar? ¿Lo rodean muros de imposibilidad? ¿Está todo tan oscuro? ¿Ha merecido la muerte y no puede hacer nada más que clamar al Señor por misericordia y justicia? Entonces escuche Su voz: *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”* (Juan 14:6). Cuando tales personas son enseñadas por la luz de la Palabra y el Espíritu desde lo alto, también empiezan a mirar hacia arriba. Miran a la Estrella de Jacob. Una maravillosa sonrisa de alegría se dibuja en el rostro sombrío.

Es el tiempo de Adviento, el tiempo de la promesa de la venida de Cristo. También es el tiempo de la expectativa y el anhelo de Su venida en nuestro corazón y en nuestra vida personal. Ese anhelo de que Cristo venga para hablar a nuestra alma también es producido por la Estrella de Jacob. Es Él quien hace que la luz de Su Espíritu brille sobre una sola palabra del Evangelio. Oímos y leemos la Palabra como nunca antes la habíamos oído y leído.

Con asombro descubrimos que tales palabras están en la Biblia. Nos conmueve cuando leemos en Lucas: *“El Hijo del hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas”* (Lucas 9:56). Nos conmueve cuando el Señor escribe en Su Palabra: *“No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento”* (Lucas 5:32). Esto provee mucha razón para laborar ante el trono de la gracia. Trae mucho trabajo a la cámara interior. Entonces, en toda humildad e indignidad, comenzamos a poner nuestro dedo en la Palabra de la Escritura y decimos: *“Señor, allí está: no has venido a llamar a justos, sino a pecadores. Entonces también puede ser para alguien como yo”*.

¡Qué humilde ruego nace entonces de la promesa de Dios! Todos los afectos de nuestro corazón comienzan a dirigirse hacia este Mediador entre Dios el hombre, esta Estrella de Jacob. De Él recibimos la confianza para invocar al Señor como alguien completamente miserable, buscando luz, guía, enseñanza... buscando todo. A través de nuestro clamor y nuestras lágrimas, comenzamos a entregarnos al Señor Jesús, a este Salvador perfecto. No podemos hacer otra cosa que encomendarnos y entregarnos a Él. De rodillas, clamamos: *“Señor, si quieres, puedes limpiarme”* (Lucas 5:12).

“Nunca me atreveré a venir cuando miro mi lepra, mis pecados, mis transgresiones y mi maldición. Pero, Señor, vengo a Tu voz que me llama. Tú mismo has dicho: *“al que a mí viene, no le echo fuera”* (Juan 6:37). Al que a mí viene, bajo ninguna condición lo rechazaré. Señor, ten misericordia de mí. Soy indigno, pero mírame con favor. ¡Cómo comienza esa Estrella de Jacob a brillar y resplandecer con una belleza sin igual—cuando Él se revela un poco más cerca de nuestro corazón y llama a un pecador leproso así: *“Quiero; sé limpio”* (Lucas 5:13)! ¡Qué bienaventurada iluminación en el conocimiento del Señor Jesús entonces se convierte en nuestra porción!

Usted, al que el Señor ha concedido a temerle, espere con gran anhelo la plena luz de la Estrella de Jacob. A través del surgir de la Estrella de la mañana en su corazón, Él quiere asegurarle que está bajo Su cuidado en vida y en muerte. Bajo la luz de esa brillante Estrella de la mañana, usted puede clamar y confesar: *“Mi amado es mío y yo soy suya; él apacienta entre los lirios”* (Cantar 2:16).

En este tiempo de Adviento, Él lo ha colocado en un aposento alto. Lo ha puesto en la libertad, paz y plenitud que hay en Cristo Jesús. Entonces, todos los lazos de nuestra alma son desatados. Así, usted se une a las antiguas palabras de Martín Lutero: “¡Oh, bendito, bendito intercambio! Él, tan puro; yo, tan vil.”

Esto nos lleva a nuestro segundo pensamiento.

Nuestro segundo pensamiento. Su dominio.

Porque Balaam no solamente habla de la apariencia de una Estrella, sino que también habla de un Cetro. *“Saldrá estrella de Jacob, y se levantará cetro de Israel”*. El profeta ve en una visión, en contra de su propia voluntad, desde en medio del pueblo de Israel, y a una gran distancia, una Figura real que se levanta con el cetro, la vara de un gobernante, en Su mano. La segunda mitad de esta declaración contiene, como siempre en la poesía hebrea, esencialmente el mismo pensamiento que la primera mitad. Aquí, también, es muy notable: *“Saldrá estrella de Jacob, y se levantará cetro de Israel”*. Las dos partes del texto, en esencia, no difieren en significado. Hay solo una diferencia, y esta es la imagen utilizada. En la imagen del cetro, se revela otra vez la gloria del Rey venidero. El rey sostiene el cetro en su mano y lo extiende para subrayar su dominio. El patriarca Jacob ya había profetizado acerca de este cetro: *“No será quitado de Judá el cetro ni legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él será la obediencia de los pueblos”* (Génesis 49:10). El Señor Jesucristo es también el Cetro, el cual procedió de Israel.

En esta profecía, Balaam ve al Mesías con una corta vara real en Su mano como signo de Su dignidad. Así, nuestro texto, en la imagen del cetro, una vez más nos proclama el gran milagro del eterno amor de Dios por los enemigos. Su venida a este mundo testifica de un amor

incomparable e inexpresable. *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Juan 3:16). De tal manera amó... Inexpresablemente, incomparablemente, infinitamente amó Dios al mundo. Envío a Su Hijo unigénito a este mundo maldito. El Cetro ha surgido de Israel. Ha llegado la Navidad.

Congregación, el cetro aquí es un símbolo. Los símbolos transmiten instrucción. Este símbolo habla de dos cosas: redención y gobierno. Cuando dice aquí que ha salido de Israel con un cetro en Su mano, esto nos dice que ha venido para liberar a los esclavos del pecado de su injusticia de ellos. Él continúa haciendo esto hasta este mismo día. Él aún cumple Su propia palabra: *“De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oyeren vivirán”* (Juan 5:25). Dejen que esto penetre en ustedes: Esto es lo que hace Aquel que lleva el Cetro. Esto es lo que hace el Príncipe del ejército celestial, Jesucristo. Él hace que los muertos oigan. En esto se manifiesta Su gloria.

En el Gólgota, por puro amor a Su Padre y por Su pueblo, el Señor Jesús satisfizo la justicia divina que nosotros habíamos ofendido por el pecado. Allí, Él pagó la deuda con el rescate de Su sangre, y en la mañana temprana de Pascua triunfó gloriosamente sobre el infierno, la muerte, el diablo y la tumba.

Como recompensa por Su obra mediadora, este Rey ha recibido ahora el cetro del Padre, la autoridad ilimitada. No hay nada en este mundo que Dios no gobierna a través del Hijo. Él ha recibido toda potestad en el cielo y en la tierra. En Su vestidura y en Su muslo Él tiene escrito este nombre: *“REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES”* (Apocalipsis 19:16).

En la hora de Su beneplácito divino, Él arranca majestuosa y soberanamente a los Suyos del dominio del príncipe de las tinieblas. Él inclina los corazones de las personas hostiles al tocarlos con el cetro de Su Palabra y Espíritu: *“Tu pueblo se ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad”* (Salmo 110:3). Esto sucede por el toque del cetro. Se ha levantado un cetro de Israel.

Niños y niñas, ¿lo han visto? ¿Lo han escuchado? El Señor Jesús tiene un cetro en Su mano. Él es un Rey tan poderoso. Es mucho, muchísimo más poderoso que el presidente de los Estados Unidos, el hombre más poderoso de este mundo. El Señor Jesús es más poderoso que él. Él es *el Rey de reyes y el Señor de señores*.

¿Y tú? Tu corazón—¿cuántas veces está lleno de ira y pensamientos pecaminosos! ¿Y tú? ¡Cuántas veces tu boca está llena de palabras atrevidas y enojadas! ¿Y tus manos? ¿También las usas para cosas malas? ¿Tomaste esos dos o tres bolivianos de la cartera de tu madre? ¿Golpeaste a otros niños en el atrio del colegio, dejando moretones? Entonces estabas pecando

contra el Señor. Debes convertirte. Tu corazón debe ser renovado. De lo contrario, un niño no puede morir en paz.

Un Cetro se ha levantado de Israel, niños y niñas. El Señor Jesús fue enviado al mundo. Él nació en Belén para pagar por el pecado. Vino a redimir a los adultos, a los jóvenes y a los niños del pecado. Él tiene un cetro en Su mano. Es el Rey de reyes, el Todopoderoso. Ahora el Señor Jesús dice a ti: Mira bien Mi mano: yo sostengo un cetro en Mi mano. Tengo todo el poder. Soy un Rey todopoderoso. Vine a la tierra también para convertir a los niños. ¿Aún no te has convertido? Entonces di esta noche: “Señor, estuve en la iglesia. Escuché que Tú sostienes un cetro en tu mano. Dame un nuevo corazón. Por favor, tócame con Tu cetro. Por gracia, hazme tan feliz como lo son los hijos de Dios.”

Mayores entre nosotros, está escrito que un Cetro se ha levantado de Israel. Esto habla del Rey de la iglesia. ¿Ya es usted uno de Sus súbditos? ¿No es Su súbdito? ¿Es el Señor Jesús completamente desconocido para usted? ¿Solo sabe deletrear Su Nombre correctamente, y allí termina todo? Vuélvase mientras aún hay tiempo. ¡Debe inclinarse ante este Rey, ahora o en el último día! ¿Tendrá que hundirse eternamente bajo la ira de Dios?

Inclínese ante Él ahora. Busque Su rostro ahora con súplica y llanto. Confíese ante Él toda su rebelión, su depravación e injusticia. Demuéstrele las ataduras de su impotencia y las cadenas de su falta de voluntad. Reconózcale que usted es un esclavo impotente del pecado, un esclavo impotente de los deseos que lo arrastran. Solo Él tiene el cetro en Su mano. Él es el Rey todopoderoso, El Salvador perfecto. Solo Él puede romper sus ataduras y sus cadenas, sean cuales sean, por más duras o fuertes que sean—Él las destruye.

Es un Rey tan dispuesto y bondadoso. Él quiere encontrarse con los pecadores. Él ha venido para buscar y a salvar lo que se había perdido. Quiere comer con los publicanos y pecadores. Quiere comer y beber con personas como usted. Les extiende el cetro de Su gracia. Escuchen lo que Él dice: “*Extendí mis manos todo el día a un pueblo rebelde*” (Isaías 65:2). Si hoy escuchan Su voz, crean en Su Palabra salvadora y consoladora. No endurezcan sus corazones, sino dejen que los guíe.

Primero, cantaremos de esto desde el Salterio 303:1-3.

“*Se levantará cetro de Israel*”, un Rey. ¿Ya se ha convertido en Su súbdito? Oh, usted dice, si tan solo lo pudiera saber con certeza, ¡qué feliz sería...! Pero aquí en la Escritura, por la imagen del cetro, se le presenta una señal inconfundible. La pregunta es: ¿Quién ocupa el primer lugar en su vida? ¿Ya ha tomado Él este lugar principal? Entonces se ha convertido en su Rey. No puede ser de otra manera, ya que habrá comenzado a desear ser gobernado por el Señor Jesucristo. En la obra de la conversión, siempre surge la pregunta: “*Señor, ¿qué quieres que haga?*” Quien es

iluminado por la luz de la Estrella de Jacob y guiado por el cetro de este Rey, conoce desde el principio un anhelo de vivir santo ante el Señor. Se produce una ruptura con el pecado favorito. Hay una vida de oración y una lucha para llegar a ser conforme a Cristo. *“El que dice que permanece en él debe andar así como él anduvo”* (1 Juan 2:6). ¡Pero todavía tropiezo tan a menudo! Todavía llevo conmigo una pesada carga de iniquidad. Cada día se libra una lucha renovada en mi interior entre el viejo hombre y el nuevo hombre.

Es verdad, congregación, que los hijos de Dios se decepcionan de sí mismos. Se decepcionan totalmente de sí mismos, una y otra vez. Pero esto también es cierto: los hijos de Dios nunca son una decepción para el Señor Jesús. Están comprendidos en las palabras de Salomón: *“porque siete veces cae el justo y vuelve a levantarse”* (Proverbios 24:16). Siete veces—una y otra vez. Siete veces cayendo. Tomen ánimo, porque una y otra vez, sólo por la gracia de este Rey, se levantarán para resumir la lucha, ¡hasta que la buena batalla sea finalmente combatida! Así enseña Dios a Su iglesia, a través de la lucha, para entender la exclamación de Pablo: *“¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? Gracias doy a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor”* (Romanos 7:24-25).

Esto nos lleva a nuestro último pensamiento.

Nuestro tercer pensamiento. Su victoria.

“Y se levantará cetro de Israel, y atravesará los rincones de Moab, y destruirá a todos los hijos de Set”. Balac habrá entendido de las palabras de Balaam que su reino estaría en peligro por este Rey. Sin embargo, no comprendió el significado más profundo de la profecía porque se negó a inclinarse ante el Dios de Israel. El final del texto nos enseña que el cetro del Señor Jesús no es sólo un símbolo de ternura. Muchas veces, un cetro tenía la forma de una maza, capaz de aplastar a alguien. Y de manera aplastante, así profetiza Balaam, descenderá la vara de mando de Jesucristo sobre Moab y los hijos de Set. La nación de Moab se menciona primero porque Balac, como su rey, quiso maldecir al pueblo de Israel. La enemistad contra el Señor y Su Ungido se manifiesta aquí de una forma sumamente descarada. Por eso, el juicio de Dios golpeará primero los “rincones”, los bordes, los límites de Moab. El reino, en toda su extensión, será castigado por este gran pecado.

En la segunda parte, se elabora la declaración. No debemos pensar en los descendientes del piadoso Set, el hijo de Adán y Eva que nació después de la muerte de Abel, al referirnos a “los hijos de Set”. Quizás “Set” sea un antiguo término poético para Moab. Entonces, el texto dice que todo Moab será perturbado, dismantelado y destruido. David fue el primero en sujetar a Moab. En los profetas Isaías y Jeremías, cada vez se derrama más luz sobre este texto. Allí, se describe a Moab como el representante último de todos los poderes que se oponen a Dios en este mundo. Solo después del exilio, poco después del surgimiento de los Macabeos, se cumplió

plenamente esta profecía. En ese momento, Moab fue completamente destruido por tribus árabes invasoras.

“Atravesará los rincones de Moab, y destruirá a todos los hijos de Set”. Congregación, una vez más se cumplirá esta profecía. También proclama un segundo adviento. Esta palabra anuncia el retorno de Jesucristo como Juez sobre las nubes para juzgar a los vivos y a los muertos. Algún día, el Cetro de Israel destruirá los cetros de todas las naciones, de todos los reyes y gobernantes.

¡Cuán instructivo y consolador es Apocalipsis 17:14: *“Ellos pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados, y elegidos, y fieles”*! Los reyes del Mamón y de los placeres carnales; los reyes de la incredulidad y la superstición; los reyes del ateísmo, de la glorificación del hombre, de la cultura del placer y del mundo virtual, ¡todos perecerán! El Babel global del Anticristo será destruido cuando los siete ángeles derramen las siete copas de la ira de Dios sobre la tierra. En ese gran y terrible juicio, el pueblo de Dios triunfará con el Cordero. El juicio final traerá bendiciones indescriptibles para Sion.

¿Cómo lo encontraremos, usted y yo? Esto nos lleva a la pregunta fundamental de la vida: ¿estamos escondidos en Cristo? No ignoren esta pregunta ahora; no la aparten a un lado, sino enfréntenla directamente: ¿ya estamos escondidos en Cristo? Solamente aquellos que están escondidos en Cristo pueden encontrarse con Dios el Señor sin temor. Es por eso que el Salmista nos llama a todos nosotros: *“Besad al Hijo, para que no se enoje y perezcáis en el camino, cuando se encienda de pronto su furor”* (Salmo 2:12).

Si usted aún no está escondido en Cristo, entonces le digo: *“Besad al Hijo”*. Inclínese ante Él con una súplica por gracia y conversión. Qué día más especial es hoy, porque es el día de la salvación, el día de la gracia. Es el día en que el Rey de la Iglesia avanza para edificar Su reino.

¿No está usted escondido en Él? Postréguese ante Él. *Besad al Hijo*. Si usted no anda en la luz de la Estrella de Jacob, Él le dirá en Su venida en las nubes del cielo: *“Pero a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinara sobre ellos, traedlos acá y degolladlos delante de mí”* (Lucas 19:27).

Benditos son todos aquellos que tienen al Señor como su porción. Benditos todos aquellos que son iluminados por la Estrella de Jacob. Benditos todos los que son gobernados por el Cetro de Israel. El Rey nunca pierde de vista a Sus súbditos. Oh, Hijos de Dios, aunque tan miserables, indignos e injustos que sean en sí mismos, pueden saber que nunca están fuera de los pensamientos de Dios, ni un solo momento. Llegarán a casa, porque la Escritura testifica de esto: *“En esto consiste el amor: no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados”* (1 Juan 4:10).

Llegan a casa. Seguramente llegarán a casa, a través de todo sufrimiento, toda prueba y todas las decepciones de la vida. Llegarán a casa, a pesar de la gran apostasía. Sus nombres están escritos en las palmas del Cristo exaltado. La iglesia está yendo a casa, congregación. Cada uno de ellos pronto aparecerá ante Dios en la bendita tierra de Sion. Ninguno de aquellos que verdaderamente amaron a Cristo faltará. Entonces, esperen ese día con profundo anhelo. Sí, ven, Señor Jesús. Ven en breve.

Amén.

Último Salterio: 263:3.